



José Concha

El joven Pedro de Guzmán

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

José Concha

El joven Pedro de Guzmán

Después de la entrada de Música Patética a su mediación se descubre entre cadenas el niño, sentado en una piedra, dentro de Tienda Morisca, con dos centinelas a distancia de Moros, puestos a su usanza.

¿Qué es esto corazón?, ¿cómo me oprimes?,
¿cómo así con anuncios tan funestos
me predices un golpe lamentable
en donde se consuman mis alientos?

¿En el primer albor de mi mañana,
en la primera Aurora, en el extremo
de dejar la Puericia, así amenazas
el fin ya de mis días?, ¿qué, qué es esto?,
¿yo separado así de los halagos
de mi amorosa madre? Sin el tierno,
el cariñoso, plácido semblante
de mi padre y señor? ¿Así entre hierros
sujeta de mi alma la inocencia,
sin culpa que merezca el rigor fiero?

¿Cómo así cielo justo me abandonan
un padre y una madre a un mismo tiempo!,
si reparo en la estancia donde me hallo
es obscura prisión, es duro centro
donde vive el lamento eternamente,
donde nunca llegó ningún consuelo.
Sólo Moriscos monstruos inclementes
miro que aquí me cercan. Si esto observo,
¿qué esperanza podrá tener mi vida
estando entre enemigos tan perversos?

¡Ah, madre de mi alma! ¡Ah, padre mio!,
¡qué poco que miráis por este Pedro,
a Pedro de Guzmán, fruto amoroso
que formaron amantes vuestros pechos!

Música algo viva.

Si reparo al tropel que mis contrarios
labran en este campo, considero
es grandiosa la causa, a mí me miran,
y sobre mí parece idean ellos
un consejo mayor. ¿Un rapaz solo
pudiera ser tal vez el instrumento
de tanta confusión? No, no es creíble,
por despojo infeliz, por feble objeto
de sus iras me tienen, contemplando
que para nada aquí servirles puedo.

Mi corta edad lo dice, sí, mis años

¡qué inútiles se miran!... Mas, ¿qué es esto?,
¿yo puedo abandonarme tan cobarde?,
¿yo esconder de mis padres los alientos,
que al mundo y a la fama dan memoria,
grabados en los mármoles eternos?

Eso no, corazón, rompa atrevido
estos atroces lazos, estos fieros
eslabones villanos que me oprimen.

Música fuerte, se levanta forcejea por romper las cadenas, y al concluir la Música cae en el
asiento, manifestando no puede.

Pero (¡ay de mí!), ¡qué inútiles esfuerzos
son los que aquí me asisten ilusorios,
demostrando mis débiles extremos!

La sangre valerosa de mis venas
brilla con esplendor, yo la pretendo
exaltar con espíritu arrogante,
pero mi edad no alcanza lo que quiero
y aunque todo sea fuego lo que exhalo,

de mi naturaleza es corto el fuego.

Música dulce con Sordinas.

¿Cómo estrella inhumana me formaste
tormento tan atroz como el que veo?
Del regazo amoroso de mi madre,
en un punto fatal, en un momento
me encuentro reducido a las prisiones,
que son las que me tienen tan sujeto.
De mi madre el dolor será insufrible,
de mi padre igualmente el sentimiento,
y yo sin los halagos de uno y otro,
¿cómo podré vivir? ¡Ah, Cielo eterno!
Si para tantas penas me criasteis,
o nunca de este mundo fuera objeto;
quedárame en la Mente Soberana,
para no padecer males tan fieros.

Música Patética.

Pero aunque cortas luces me acompañan,
quiero reflexionar. ¿Si acaso el Cielo
en esta edad que poca así me anima,
intenta demostrar de sus secretos
alguna maravilla prodigiosa?
Corazón, no, no hay duda, pues pensemos:
yo bien sé, que los Moros a Tarifa
pretenden sojuzgar, también entiendo
que mi padre valiente la defiende.

Ellos astutos, bárbaros y ciegos,
idean obligarle a que la entregue,
para lo cual procuran cuantos medios
en su barbaridad sean posibles,
y tal vez el traerme prisionero
es, creyendo, que puedan de este modo
obligar a mi padre al rendimiento.

Eso no, padre mio, no, no es justo
que esta vida que poca considero,
en vuestra senectud llegue a ser causa
de un borrón que desluzca vuestros hechos.

La Religión, el Rey, la Patria misma
os impele a cumplir con vuestro empleo.

Poca mi sangre es, viértase al punto,
si ha de ser en honor del nombre vuestro.

Soy Guzmán, el valor, y la enseñanza
me infunden con espíritu estos ecos.
No os detengáis, y si es causa mi vida
de que no aseguréis vuestro decreto,
en defender al Reino, y a la Patria,
gustoso ya a la muerte voy contento.

Vamos, pues, a morir...

Música fúnebre.

¿Pero qué digo?

Allí miro a mi madre ya la observo
(aunque distante está) que se presenta
y me dice llorosa... ¿Es éste Pedro
el pago de guardarte en mis entrañas?

¿Así tú me abandonas, cuando el Cielo
en tu vida me daba la esperanza
de la mayor grandeza? Cuando al tiempo
grabarías de tu valor ilustre
las memorias de aquel Guzmán el Bueno?

¿Ésta es la recompensa a mis fatigas?,
ya, señora, lo miro, ya lo advierto.

No os abandono, no. Mi padre ceda,
y dé Tarifa a el Moro... Ah, perverso
labio, que así pronuncias injurioso
lo que nunca hospedó tu noble pecho.

¡Un frívolo temor, así pretende
obscurecer las glorias del inmenso
lustre de mis memorias!... ¿Qué es la muerte?,
un instante preciso, un punto cierto
que aprovechado bien, inmortaliza
el honor de los Héroe más excelsos.

Pues, ¿cómo dudo en imitar constante
de mis Progenitores los aciertos?

No madre me expongáis con vuestro llanto
a el vejamen cruel del vituperio.

Si mi vida ha de ser honra a mi padre,
¿qué mas puedo querer, cuando pequeño,
con hacer sacrificio de esta vida
a todos tres hoy lleno de Trofeos?,
padre, si desde aquí puedes oírme,
no resistas el golpe, y si es cierto
que en perder yo la vida está la gloria
de la Ley, y del Rey, muera el momento
este rapaz, logrando con su sangre
haceros inmortal al Orbe entero.

Si el cuchillo faltase a los Tiranos,
ofrecedse lo, padre; yo os lo ruego,
no quede circunstancia que no sea
rasgo de heroicidad en vuestro aliento.

Cae de adentro un puñal que figura el que tiró el Padre desde la Muralla, con corta Música;
lo mira, y luego dice.

Pero, ¿qué miro? Ya el duro cuchillo
a mis pies ha caído. Ya contemplo
que se acerca mi fin, y yo cobarde
lo mismo que animé, ya desaliento.

Música Melancólica.

Ya los Verdugos llegan de mi vida.

Entran dos Moros, cogen el puñal, y a su tiempo le conducen.

Ya es cierta mi tragedia. ¡Infeliz Pedro
que sin tu padre y madre, entre crueles
hoy vas a perecer a un golpe fiero!
¡Madre del alma!... padre generoso,
mi sangre sacrifico al nombre vuestro.
No temáis, no, Tiranos, no, yo mismo

sin resistencia aquí a morir me entrego.

Asegure su honor mi heroico, padre,
y muera yo constante a su decreto.

No mi inocencia os compadezca, alevos,
que con mi muerte, de mi Patria vengo
el deshonor con que intentáis crueles
borrar de Dios, y el Rey los lucimientos.

Y pues soy de Tarifa la defensa,
ya con morir esa Ciudad definiendo,
y a la memoria, al mundo, y a los hombres,
dejo de mi familia el nombre eterno.

Se lo llevan, siguiendo Música triste, y cae el Telón.

FIN

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

